

PARTE 8

Creando el orden de posguerra

31. Reclutando nazis: La creación de la inteligencia estadounidense
32. El caso de Yugoslavia
33. Lobos vestidos de ovejas
34. Cazando brujas rojas
35. El control de la información
36. El asesinato de John F. Kennedy

MAQUIAVELO: No haré más que tocar esos órganos [democráticos y liberales]; los órganos permanecerán, lo que habrá cambiado será la complexión política del Estado. ¿Podéis concebirlo? ...En política todo está permitido, siempre que se halaguen los prejuicios públicos y se conserve el respeto por las apariencias.

—Maurice Joly, *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* (1974[1864]:80)

La interpretación que defiendo a lo largo de este libro es que la Segunda Guerra Mundial fue una gran puesta en escena de los dirigencias eugenistas occidentales. Se ostentaban enemigos de los nazis pero en realidad compartían su ideología—de hecho, eran ellos la vanguardia de esa ideología, y los nazis sus aprendices (TOMO 2)—. Pero claro, debían fingir enemistad con sus discípulos o la ira de sus propias ciudadanías habría de consumirlos. Fueron muy astutos, pero una meta importante no se consiguió: los nazis no pudieron derrotar a los soviéticos. Entonces, bajo la interpretación que defendemos aquí, toca anticipar que las dirigencias occidentales hicieran un esfuerzo de posguerra por crear un orden internacional consistente con su patrocinio de los nazis durante la preguerra y durante las hostilidades. Es el tema que nos ocupa en esta PARTE 8.

Resumamos primero a grandes rasgos nuestro modelo.

En Occidente se alcanzaron tremendos avances en materia de libertades, derechos civiles, y justicia para las clases trabajadoras a partir de la Revolución Francesa y sus secuelas. Estos avances—sin precedente en la historia occidental—se debieron al movimiento de la Ilustración Europea, cuyas ideas tienen su origen en el pensamiento *judío* (CAPÍTULO 8). Pero los

cambios fueron a costa del anterior poder desmedido de las élites de poder, entre quienes abundaban reaccionarios inconformes ansiosos de restaurar su poder represivo en todo su apogeo. Para lograrlo, buscaron dar un golpe extremo derechista a lo largo y ancho de Occidente—y del mundo—.

Con innegable astucia las élites de poder movilizaron movimientos políticos diseñados 1) para perseguir a los trabajadores so excusa de reforma de ‘salud pública’ seudoliberal: el eugenismo (PARTE 2); y 2) para elucubrar en el imaginario de las masas supuestos opresores fantasma, ‘enemigos de la nación’ inventados por los verdaderos opresores para que la gente sacrificara sus libertades a cambio de ser salvados del ‘Peligro Judío’ por un ‘protector’ vuelto todopoderoso con la abnegación voluntaria del pueblo (fascismo).

Luego de crear a los nazis (CAPÍTULO 7), y darles poder absoluto (CAPÍTULO 11), las dirigencias occidentales les dieron también todo Europa casi gratis (CAPÍTULOS 12, 13, y 17), y para colmo los abastecieron por debajo del agua durante toda la guerra (CAPÍTULOS 18 y 19). La guerra en sí tenía los siguientes grandes objetivos: 1) destruir la Unión Soviética, promotora de un derechismo rival que amenazaba la estabilidad del orden aristocrático de Occidente; 2) remplazar el liberalismo occidental con un nuevo derechismo militarista; y 3) borrar de Europa al pueblo judío—cuya orientación ética y compasiva, y cuya tradición legal e intelectual, liberal y pro laboral, era el origen y causa de todo el problema—. Para simplificar la propaganda, los judíos fueron representados como autores del totalitarismo soviético y, simultáneamente, del capitalismo opresivo occidental. Así, el antisemitismo reclutó a las masas a

favor de golpes de Estado fascistas que destruyeron las libertades occidentales y concentraron el poder en un resurgimiento militar para lidiar una batalla total contra los rojos y exterminar a los judíos. Se buscaba un nuevo orden mundial, represivo, desigual, y totalitario, adaptado a las necesidades modernas, y eternamente estable.

Muchas cosas salieron de acuerdo al plan, incluso la difícil tarea de destruir la presencia del pueblo judío en Europa. Pero no todo. Hitler no pudo con la Unión Soviética, debido en parte al asombroso heroísmo de los serbios que retrasó la invasión de los nazis (CAPÍTULO 32). Muy tarde, los Aliados abrieron un frente occidental en Normandía cuando quedó claro que los soviéticos se dirigían hacia el Atlántico, amenazando quedarse con todo Europa—precisamente lo opuesto de lo que se había esperado—. Luego de impedir que la porción atlántica del ‘viejo continente’ quedase en manos soviéticas, los líderes de Estados Unidos y Gran Bretaña se apresuraron a construir los cimientos del siguiente golpe derechista, erigiendo con creatividad y cuidado en las sombras del Estado liberal un edificio paralelo, un gobierno fantasma que gestionaba la destrucción del liberalismo moderno occidental.

Estamos hablando de un proceso delicado y difícil, pues había en la posguerra ciertas complejidades especiales que debían atenderse. Los gobernantes de Occidente no podían simplemente abolir las formas constitucionales o provocarían una revolución, pues los trabajadores se habían uniformado de soldados para defender la libertad—ellos así lo entendían—. Se colgaron entonces enormes cartelones por toda la fachada del ‘Mundo Libre’ celebrando las libertades occidentales, y

mientras, en las humedades de los sótanos, una multitud de agentes se deslizaron preparando en las penumbras las condiciones para el golpe efectivo.

¿Qué hicieron?

La riqueza de los trabajadores occidentales, recogida por el fisco de los líderes eugenistas, fue dirigida en la posguerra inmediata a una multitud de nazis y sus simpatizantes que en vez de ser enjuiciados a la luz del día fueron reclutados tras bambalinas por los servicios de inteligencia y disfrazados. Así, los fascistas fueron regresados al poder en toda la infraestructura, administrativa, diplomática, mediática, militar, y de espionaje de las grandes ‘democracias’ occidentales, y se corrompió toda la infraestructura institucional del ‘Mundo Libre.’ *Sin que lo pareciera.*

El sistema resultante—cosa asombrosa—fue anticipado incluso en sus más minuciosos detalles por un teórico político *del siglo 19*, profeta de la destrucción de la democracia. Fue sin duda el más grande pensador político de ese siglo y en todos los tiempos modernos, fuera de George Orwell, no tiene par. Este gran teórico decimonónico es también el menos conocido y apreciado. Merece una mención especial.

Maurice Joly

En 1864 Maurice Joly publicó *Diálogo en el Infierno Entre Maquiavelo y Montesquieu*, obra de ficción escrita para denunciar de forma muy ligeramente velada la dirección cada vez más totalitaria del régimen de Napoleón III (Luis Napoleón Bonaparte, gobernante de la Segunda República y luego del Segundo Imperio, y sobrino nieto del famoso Napoleón).

La obra de Joly imagina una confrontación intelectual entre dos protagonistas del pensamiento político occidental: Montesquieu, pionero del liberalismo moderno, contra Maquiavelo, célebre teórico del uso del poder para quedarse en el poder. Montesquieu festeja la forma como la democracia moderna se ha venido desarrollando; Maquiavelo responde cínico que la democracia no podrá sobrevivir, explicando con detalle cómo los gobernantes de temple autoritario podrán socavarla. Joly se servía de sus personajes para explicar lo que ya estaba sucediendo, pues todas las artimañas que explica Maquiavelo, y que horrorizan a Montesquieu, son recursos que Napoleón III en ese momento empleaba: conservando las fachadas liberales y republicanas, astutamente subvertía en los interiores toda la operación del sistema para estrangular la libertad.

Sin que lo pareciera.

Aunque Joly escribiera bajo seudónimo y jamás mencionara a Napoleón III, la policía del déspota ni tarda ni perezosa interpretó quién era el aludido y descubrió también la identidad del autor. Joly fue arrestado. La denuncia oficial expresa:

“El autor acusa al gobierno francés de utilizar métodos vergonzosos, formas hipócritas, y astucias pérfidas para desorientar al público, degradar el carácter de la nación, y corromper su moral... Por estas razones, Maurice Joly, habiendo cometido el crimen de incitar odio y desprecio por el gobierno, será condenado a quince meses de cárcel, una multa de 300 francos, y la confiscación de las copias de *Diálogo en el Infierno*.”—citado en Speier (1977:19-20)

Esta persecución, que confirma el acierto de Joly, le regala el mayor cumplido.

Lo más importante era confiscar el libro para que los franceses no entendieran el curso político que emprendía su gobierno. El esfuerzo fue efectivo. Aunque Joly después regresó a la libertad, al periodismo, y a la actividad política, su libro dejó de circular completamente y quedó en el olvido total. Se escaparon tan solo unas pocas copias, contadas con los dedos, y una de ellas fue a dar a manos de la policía secreta del Zar ruso, la *Ojrana*.

La *Ojrana* se preocupaba de la revolución que ya amenazaba al régimen zarista y por ello buscaba convencer a la población rusa—por tradición cristiana ferozmente antisemita—que en realidad sus problemas eran consecuencia de una gran conspiración judía. Para alimentar el odio, la *Ojrana* inventó unos rabinos imaginarios, todopoderosos, que se reunían en el cementerio de Praga para planear la destrucción de Occidente, jalando en secreto los hilos de gobiernos, prensa, finanzas, sindicatos...—todo—. En un documento que pretendía ser las minutas de una de estas juntas, los espías rusos pusieron en labios de sus imaginarios súper rabinos los discursos del ‘Maquiavelo’ de Joly. El Zar, según lo que decían estos supuestos rabinos, era lo único que podía interponerse e impedir la derrota de Occidente. El libro fue circulado en Rusia y contribuyó a la atmósfera de violencia antisemita de los famosos pogromos, cuando los confundidos campesinos rusos, alentados por las autoridades, se volcaron sobre la población judía del imperio.

La *Ojrana* llamó a éste, su fraude, *Los Protocolos de los Sabios de Sion*. Más tarde sería texto escolar obligatorio en

el Tercer Reich y diseminado en todo Occidente en ediciones sucesivas por la fortuna de Henry Ford (CAPÍTULO 7). Esta propaganda, colmo de las acusaciones que venía haciendo la Iglesia durante todo el siglo 19 (CAPÍTULO 10), convenció a multitudes de occidentales que había una ‘gran conspiración judía.’ El terror que produjo causó la gran matanza europea y mundial, y continúa atormentando a la gran mayoría de los occidentales, todos convencidos de que los judíos supuestamente tienen ‘demasiado poder’ (INTRODUCCIÓN).

Aquí hay una inversión orwelliana doble. Primero, porque *Los Protocolos* representa a quienes han sido eternamente oprimidos y asesinados en Occidente como si fueran los dueños secretos de todo el poder occidental. Segundo, porque el texto de Joly no sirvió de advertencia al público sino más bien de guía a los gobernantes. Si bien Joly fue olvidado, los gobernantes represivos—que sí conservaron copia de su texto—lo leyeron con cuidado. “Es trágico,” opina Hadassa Ben-Itto, experta sobre la historia de *Los Protocolos*, “que el libro de Joly sirviera no sólo para crear lo que se convirtió en la Biblia de los antisemitas, sino que, de la forma más diabólica, sirviera también de manual para los dictadores.”¹

Eso de “manual para los dictadores” conjura la imagen de Hitler, Stalin, o Mao volteando las hojas de *Diálogo* para diseñar su Estado. El politólogo Hans Speier, siguiendo la pauta común, comenta: “Mucho de lo que Joly expresó... se aplica a la Prusia de Bismarck, a la Alemania de Hitler, a la Rusia de Stalin y a otros regímenes iliberales modernos.”² Pero esta imagen es engañosa porque no fueron esos dictadores—cuyos Estados transparentemente opresivos no se ostentaban

repúblicas liberales—los más asiduos lectores de Joly. Quienes mayor atención le pusieron son los gobernantes estadounidenses y europeos del ‘Mundo Libre.’ Y es que el ‘Maquiavelo’ de Joly no explica cómo imponer un régimen abiertamente totalitario y represivo, sino cómo transformar un Estado liberal en su opuesto *preservando siempre en su apariencia todas las instituciones democráticas, y también la propaganda oficial de liberalismo*, para que el público no entienda lo que ha sucedido y siga jactándose de vivir en un Estado democrático y liberal. Joly es el gran teórico de aquel ‘totalitarismo encubierto’ que antes consideramos (PRÓLOGO), y su análisis complementa muy bien el de George Orwell, cuyo enfoque explícito es el totalitarismo abierto del modelo soviético.

En esta PARTE 8 detallaré cómo, siguiendo muy de cerca los principios maquiavélicos que Maurice Joly aprendió de Napoleón III, y que, al costo de su libertad, denunció en *Diálogo*, las dirigencias occidentales de Estados Unidos y Gran Bretaña crearon el nuevo orden mundial de posguerra. A manera de introducción, dejaré que este gran teórico hable de su propia voz.

El encuadre del argumento

Maquiavelo y Montesquieu, ambos en el infierno mientras esperan el Juicio Final, se encuentran fortuitamente y deciden atenuar el tedio infernal observando el desarrollo de la historia política en la Tierra e intercambiando impresiones y teorías sobre su tema favorito. Con esta figura literaria Joly encamina *Diálogo*.

Montesquieu, profeta del liberalismo moderno, expresa su agrado de ver que, en la segunda mitad del siglo 19, “el despotismo se ha tornado imposible en los principales pueblos de Europa, debido al estado actual de las costumbres y las instituciones políticas.” Habrá que defender semejante afirmación, reta Maquiavelo. Sin problema, retoma Montesquieu: se han arraigado ya tanto las constituciones, los parlamentos, la prensa libre, etc., que los pueblos, acostumbrados al ejercicio de su libertad, no consentirán en ser regresados al despotismo. Las constituciones que dividen los poderes impiden su concentración, permitiéndole al pueblo ejercer su influencia correctiva a través de los varios mecanismos a su disposición. En particular, podemos reposar nuestra fe en el periodismo, dice, porque “La prensa ejerce en los Estados funciones semejantes a las de vigilancia: expresa las necesidades, traduce las quejas, denuncia los abusos, y los actos arbitrarios; obliga a los depositarios del poder a la moralidad, bastándole para ello ponerlos en presencia de la opinión.”³ Maquiavelo, azorado por la inocencia de su interlocutor, propone que lo escuche mientras destruye su argumento.

En los primeros intercambios Montesquieu se figura que Maquiavelo explicará cómo regresar a los pueblos europeos—pioneros de la libertad política moderna—al Medioevo. Nada de eso, replica Maquiavelo. Se ha operado una importante transformación en Europa, y “con sociedades nuevas, es preciso emplear procedimientos nuevos.” El terror contundente y directo está fuera. No puede uno ser demasiado obvio. “No se trata hoy en día, para gobernar, de cometer violentas iniquidades, de decapitar a los enemigos, de despojar

de sus bienes a nuestros súbditos, de prodigar los suplicios; no, la muerte, el saqueo, y los tormentos físicos sólo pueden desempeñar un papel bastante secundario en la política interior de los Estados modernos.” *Ojo*: En la política *interior* (en el extranjero se podrá ser más violento). “En nuestros tiempos, se trata no tanto de violentar a los hombres como de desarmarlos, menos de combatir sus políticas que de *borrarlas*, menos de combatir sus instintos que de burlarlos, no simplemente de proscribir sus ideas sino de trastocarlas, apropiándose de ellas.”⁴

Nada más interesante que sus ideas sobre la proyección de la ideología oficial y pública:

MAQUIAVELO: En todos los tiempos, los pueblos al igual que los hombres se han contentado con palabras. Casi invariablemente les basta con las apariencias; no piden nada más. Es posible entonces crear instituciones ficticias que responden a un lenguaje y a ideas igualmente ficticios; es imprescindible tener el talento necesario para arrebatarse a los partidos esa *fraseología liberal* con que se arman para combatir al gobierno. Es preciso saturar de ella a los pueblos hasta el cansancio, hasta el hartazgo. Se suele hablar hoy en día del poder de la opinión; yo os demostraré que, cuando se conocen los resortes ocultos del poder, resulta fácil hacerle expresar [a la opinión] lo que uno desea. Empero, antes de soñar siquiera en dirigirla, es preciso aturdira, sumirla en la incertidumbre mediante asombrosas contradicciones, obrar en ella incesantes distorsiones, desconcertarla mediante toda suerte de movimientos diversos, extraviarla insensiblemente en sus propias vías. Uno de los grandes secretos del momento consiste en saber adueñarse de los

prejuicios y pasiones populares a fin de provocar una confusión que haga imposible todo entendimiento entre gentes que hablan la misma lengua y tienen los mismos intereses.—Joly (1974[1864]:54-55)

Obsérvese con cuidado el lenguaje: “Asombrosas contradicciones,” “incesantes distorsiones” para trastocar a “la opinión” y “aturdira,” “sumirla en la incertidumbre,” y “extraviarla insensiblemente” para luego “dirigirla.” Mucho antes de Orwell, Maurice Joly anticipó la *inversión orwelliana* que, repetida “hasta el cansancio, hasta el hartazgo” logra hacer “imposible todo entendimiento” en la reflexión política (ver PRÓLOGO).

Para mantener su poder iliberal seguro de cualquier oposición, el gobernante deberá observar lo siguiente:

MAQUIAVELO: A cualquier agitación interna debe poder responder con una guerra exterior; a toda revolución inminente, con una guerra general; no obstante, como en política las palabras no deben nunca estar de acuerdo con los actos, es imprescindible que, en estas diversas coyunturas, el príncipe sea lo suficientemente hábil para disfrazar sus verdaderos designios con el ropaje de designios contrarios; debe crear en todo momento la impresión de ceder a las presiones de la opinión cuando en realidad ejecuta lo que secretamente ha preparado su propia mano.—Joly (1974[1864]:54-55)

Es decir que el gobernante obedecerá siempre, en sus discursos, la *gramática política* del liberalismo moderno. Aparentará defender los valores liberales del pueblo—“repetidos hasta el hartazgo”—cuando lance políticas diseñadas alrededor de principios contrarios, cuyo diseño no

podrá entenderse. El gobernante ostentará siempre que el pueblo ha sido escuchado, cuando en realidad ha sido llevado, cual manso rebaño, a la posición deseada (pero sin entenderlo). El pueblo imaginará que presiona y acorrala a la Autoridad, cuando en realidad la Autoridad es quien lo dirige.

Montesquieu no se convence. A su manera de ver, arraigadas ahora las costumbres e instituciones democráticas, semejante individuo no puede trepar al poder y eliminar tan completamente su competencia. ¿Por qué esquivaba Maquiavelo este problema? ¿Realmente puede tomar el poder un personaje semejante en un Estado liberal y democrático?

“Nada más fácil,” revira Maquiavelo. Para dejarlo bien claro, “partiré de la hipótesis que me es más contraria, tomaré un Estado constituido en república. ...[L]o supongo dotado de las diversas instituciones que garantizan la libertad, y os formulo esta sola pregunta: ¿Creéis que el poder estará al abrigo de un golpe de mano o de lo que hoy se llama un golpe de Estado?”⁵ En el resto del libro, página tras página, se desglosa en detalle cómo ha de hacer un gobernante para dar su golpe y luego perpetuarse de forma absolutista y autoritaria bajo fachada de restaurar la democracia. Las explicaciones maquiavélicas son interrumpidas ocasionalmente por objeciones y preguntas de Montesquieu.

En lo que sigue examinaré los argumentos del ‘Maquiavelo’ de Joly. Advierto a mis lectores que voy a enfatizar sobre todo los *principios generales* y no siempre los métodos específicos que expone. En esto sigo al propio Joly, cuyo personaje explica con énfasis: “*El maquiavelismo es anterior a Maquiavelo.*”⁶ Y también posterior, pues “con sociedades nuevas es preciso emplear procedimientos nuevos,”

consonantes y consistentes en su fondo con lo explicado en *Tratado del Príncipe*. Si los métodos decimonónicos de Napoleón III, en su realización específica, son imprácticos o irrelevantes, los principios subyacentes en los siglos 20 y 21 de cualquier manera no cambian y podrán encontrarse métodos más nuevos para aplicarlos. Me ocuparé de los principios y estrategias más relevantes para el caso *estadounidense*.

Las lecciones de Joly

Joly imagina siempre a un *príncipe* autoritario que emascula al parlamento al arrogarse el derecho exclusivo de proponer leyes.⁷ En Estados Unidos no gobierna un príncipe sino una corporación aristocrática (o una aristocracia corporativa) cuyos egresados, o sus protegidos, ocupan la silla del ejecutivo y los escaños parlamentarios. Pero esta diferencia poco importa. Como apunta Jean François Revel en su introducción a la reedición de *Diálogo* en 1974:

Que el autoritarismo sea personal o colegiado es una cuestión secundaria; lo que importa es la confiscación del poder, los métodos que es preciso seguir para que dicha confiscación sea tolerada—es decir, para que pase en gran parte inadvertida—por los ciudadanos integrantes del grupo de aquellas sociedades que pertenecen históricamente a la tradición democrática occidental.⁸

Si bien aquí no se optó por un derecho formal único del poder ejecutivo para proponer y aprobar leyes, el poder colegiado de la clase gobernante estadounidense determina las políticas públicas a través de los *think tanks* que subsidia, y que operan fuera de cualquier debate democrático (PRÓLOGO).

En el modelo de Joly todo arranca con un golpe de Estado pero como tal no hace falta. Ciertamente, la dirigencia estadounidense se valió de la represión militar en la segunda mitad del siglo 19 (CAPÍTULO 6), pero no fue para tomar el poder. Ya lo tenía. Igualmente con el golpe de Estado que dio Napoleón III, pues ya había sido electo libremente como presidente de la Segunda República.

Las oportunidades para este tipo de maniobras son relativamente amplias, pues, como bien dice Maquiavelo a Montesquieu: “la idiosincrasia de vuestras instituciones [democráticas] tiende a dar mayor fuerza a la aristocracia que al pueblo.”⁹ Esa “mayor fuerza” permite que la aristocracia comience a subvertir las instituciones ostensiblemente democráticas en el momento oportuno, como sucedió en Estados Unidos desde su inauguración (CAPÍTULO 4) y con renovado celo en la transición del siglo 19 al 20 (CAPÍTULOS 6 y 7).

Pero si bien la fuerza no necesariamente se usa para tomar el poder, si debe haber un momento claro de represión, que para Joly es tradicional, es decir, *militar*. Dice Maquiavelo: “recurriré a rigores excesivos y aun a la crueldad. No me preguntéis qué se hará; es imprescindible, de una vez por todas, aterrorizar a las almas, destemplantarlas por medio del terror.”¹⁰ Hecho lo cual, *ojo*, se hará la finta de restaurar las libertades, tras haber corrompido hábilmente las instituciones que de ahí en adelante no serán sino un simulacro de democracia.

Encaja bien con este modelo la represión militar contra los trabajadores estadounidenses a horcajadas del amanecer del siglo 20. Llovieron entonces contra los trabajadores los disparos de las policías privadas de los grandes empresarios y

también de las milicias estatales, Guardia Nacional, y Ejército que el gobierno prestaba a los empresarios siempre que fuera necesario. También consonante con el modelo es que esa violencia fuera seguida de la era del eugenismo, cuando la represión se vistió de ‘progreso social’ y ‘filantropía’ en un marco pseudo liberal (PARTE 2). Otro fenómeno que armoniza bien con el planteamiento del teórico francés es el *macartismo* y su secuela: fueron dos décadas de persecución contra presuntos ‘comunistas’ en Estados Unidos luego de terminada la Segunda Guerra Mundial, seguidas de un periodo más ‘liberal’ (PRÓLOGO, CAPÍTULO 34). Claro, ahí no marcharon soldados en las calles, pero sí hartos policías. Esta cacería de brujas cumplió la misma función y consiguió el mismo efecto que un despliegue militar, y una vez domesticados los rebeldes se impuso un simulacro ‘liberal’ (¡que inclusive condenó oficialmente al macartismo!).

La dimensión policiaca de aquella represión encarna otro principio que explica Maquiavelo: “convertiré a la policía en una institución tan vasta que en el corazón de mi reino la mitad de los hombres vigilará a la otra mitad.” Un ministerio de policía no podrá jamás funcionar, opone Montesquieu: “si hacéis eso, vuestros súbditos se percatarán inmediatamente de que están envueltos en una red espantosa.” Responde Maquiavelo: “Si este ministerio desagrada, lo aboliré y lo llamaré, si os parece, ministerio de Estado. Organizaré asimismo en los otros ministerios servicios equivalentes, que en su mayor parte estarán incorporados, secretamente, a lo que hoy en día llamáis ministerio del interior y ministerio de asuntos extranjeros.”¹¹ Es decir, una variedad de cuerpos de inteligencia, vinculados, ocupándose del espionaje y represión

interno y externo. Hemos visto ya la aplicación británica del principio (CAPÍTULO 15). Pronto veremos la aplicación estadounidense del mismo (CAPÍTULO 31).

Los presuntos ‘comunistas’ perseguidos en el *macartismo* rara vez lo eran (CAPÍTULO 34), y eso corresponde bien a otro principio de Joly: el gobierno deberá ‘defenderse’ de “conspiraciones simuladas” en su contra, conjuradas ellas mismas desde los servicios secretos.

MAQUIAVELO: En determinadas circunstancias, [estas falsas insurrecciones y conspiraciones] pueden ser un excelente recurso para estimular la simpatía del pueblo a favor del príncipe, cuando su popularidad decrece. Intimidando el espíritu público [atizando la percepción del ‘peligro’] se obtienen, si es preciso, por ese medio, las medidas de rigor que se requieren, o se mantienen las que existen. Las falsas conspiraciones, a las cuales, por supuesto, solo se debe recurrir con extrema mesura, tienen también otra ventaja: son ellas las que permiten descubrir las conspiraciones [rebeldes] reales, al dar lugar a pesquisas que conducen a buscar por doquier el rastro de lo que se sospecha.—Joly (1974[1864]:161-62)

Lo que más ansía saber Montesquieu es lo que hará Maquiavelo con la prensa, aquella institución que considera—y con razón—la más relevante para la estabilidad y salud a largo plazo de una democracia. “En verdad, ponéis el dedo en la parte más delicada de mi tarea,” concede Maquiavelo. “El sistema que a este respecto he concebido es tan vasto como múltiple en cuanto a sus aplicaciones. ...[V]islumbro la posibilidad de neutralizar a la prensa con la prensa misma.

Puesto que el periodismo es una fuerza tan poderosa, ¿sabéis qué hará mi gobierno? Se hará periodista, será la encarnación del periodismo.”¹² Pero no se trata, aquí, de abolir todo periódico que no sea el oficial, como en la Unión Soviética. Nada tan grosero. El gobierno se encargará de *añadir* periódicos—clandestinamente controlados—a los ya existentes.

MAQUIAVELO: No pretendo deciros cuántos serán en número, pues contaré con un órgano adicto a cada opinión, en cada partido; tendré un órgano aristocrático en el partido aristocrático, un órgano republicano en el partido republicano, un órgano revolucionario en el partido revolucionario, un órgano anarquista, de ser necesario, en el partido anarquista. Como el dios Vishnú, mi prensa tendrá cien brazos y dichos brazos se darán la mano con todos los matices de la opinión, cualquiera que sea ella, sobre la superficie entera del país. Se pertenecerá a mi partido sin saberlo. Quienes crean hablar su lengua hablarán la mía, quienes crean agitar su propio partido agitarán el mío, quienes creyeran marchar bajo su propia bandera, estarán marchando bajo la mía.—Joly (1974[1864]:110)

Nada de esto implica que el gobierno estará libre de crítica—al contrario—. “Verán periódicos adictos a mi gobierno que me atacarán, me denunciarán, me crearán un sinfín de molestias.” Montesquieu se sorprende mucho de oír esto. Maquiavelo, algo impaciente, se lo explica: “No es tan difícil de concebir, sin embargo; tened presente que los periódicos de que os hablo no atacarán jamás las bases ni los principios de mi gobierno; nunca harán otra cosa que una

polémica de escaramuzas, una oposición dinástica dentro de los límites más estrictos.”¹³

¿Cómo sería eso? Imaginemos, si se quiere, una prensa que arma un escándalo nacional, espectacular, sobre la cuestión de si el presidente mintió o no mintió cuando explicó el tema de sus presuntas relaciones extramaritales con una jovencita de apellido Lewinsky, pero que no logra poner en primera plana cómo el gobierno reclutó a decenas de miles de nazis a sus servicios de inteligencia en la posguerra. Imaginemos una prensa así y tendremos ya listo el ejemplo.

Montesquieu pregunta: “¿Y qué ventajas os reportará todo esto?” El otro se exaspera: “Ingenua pregunta la vuestra. El resultado, ya considerable por cierto, consistirá en hacer decir a la gran mayoría: ¿no veis acaso que bajo este régimen uno es libre, uno puede hablar; que se lo ataca injustamente, pues en lugar de reprimir, como bien podría hacerlo, aguanta y tolera?” Otro efecto será el de suponer que las instituciones son muy buenas, dado que esa prensa tan feroz nunca las ataca. “[La gente dirá:] Observad hasta qué punto las bases, los principios de este gobierno, se imponen al respeto de todos; ahí tenéis los periódicos que se permiten las más grandes libertades de lenguaje; y ya lo veis, jamás atacan a las instituciones establecidas. Han de estar por encima de las injusticias y las pasiones, para que ni los enemigos mismos del gobierno puedan menos que rendirles homenaje.” Montesquieu se maravilla: “Esto, lo admito, es verdaderamente maquiavélico.” “Me hacéis un alto honor,” agradece modesto Maquiavelo.¹⁴

Imaginemos nuevamente que la clase política y los diarios, en medio del gran escándalo que han armado sobre las relaciones extramaritales del presidente, convencen al público

con su agitación que el presidente pudiera ser *removido* por mentir sobre sus relaciones sexuales. Parece evidencia dramática a favor de la gran tolerancia política del régimen, y la solidez de sus instituciones: el presidente no es omnipotente. La realidad es otra si la clase política y los medios encubren que el mismo presidente, en ese momento preciso, apoya (por ejemplo) antiguos nazis en Yugoslavia—en ese caso el escándalo sexual es una astuta distracción—. Si el siguiente presidente (del partido opuesto) hace precisamente lo mismo en Yugoslavia en vez de denunciar a su predecesor, entonces el problema es sistémico. Especialmente si políticos y periodistas le dicen al público todo lo contrario: que en Yugoslavia ambos presidentes defienden a gente inocente de los supuestos ‘nuevos nazis’ (CAPÍTULOS 3 y 32). En un mundo semejante desde cierto punto de vista las instituciones en verdad son sólidas: resisten cualquier impulso genuinamente democrático.

Falta listar otros beneficios. Con la prensa ostensiblemente ‘libre’ pero clandestinamente del gobierno, “dirijo a mi antojo la opinión en todas las cuestiones de política interior o exterior,” explica Maquiavelo. “Excito o adormezco los espíritus, los tranquilizo o los desconcierto, definiendo el pro y el contra, lo verdadero y lo falso. Hago anunciar un hecho y lo hago desmentir, de acuerdo con las circunstancias, sondeo así el pensamiento público, recojo la impresión producida, ensayo combinaciones, proyectos, determinaciones súbitas, en suma lo que en Francia vosotros llamáis globos-sonda [y en inglés denominan *trial balloons*].”¹⁵ Maurice Joly anticipa aquí un Estado convertido en tremendo científico social, utilizando a la población como la muestra de una serie de enormes experimentos de comunicación que ensayan distintos mensajes

a través de la prensa controlada para tentar mejor la temperatura de las aguas políticas y descubrir los caminos de manipulación. Veremos el cuidadoso celo que aplicó la dirigencia estadounidense en seguir este principio (CAPÍTULO 35).

Y no se queda ahí la cosa. Con los servicios de inteligencia exterior se corromperá el funcionamiento de la prensa también en el extranjero. Maquiavelo concibe la “fundación de periódicos políticos en las grandes capitales, de imprentas y librerías instaladas en las mismas condiciones y secretamente subvencionadas para seguir de cerca, por medio de la prensa, el movimiento de las ideas.”¹⁶ El gobierno estadounidense, como estudiaremos con cuidado, se arrogó un permiso *explícito y legal* de intervenir clandestinamente en los procesos políticos y mediáticos de los países extranjeros (CAPÍTULO 31).

Como Maquiavelo no ha dicho que el gobierno controlará *toda* la prensa, Montesquieu se pregunta cómo podrá evitarse que los fraudes sean delatados en los medios que no dependen clandestinamente del gobierno. Maquiavelo replica que “el periodismo es una especie de francmasonería: quienes viven de ella se encuentran todos más o menos unidos los unos a los otros por lazos de discreción profesional; a semejanza de los antiguos agoreros, no divulgan fácilmente el secreto de sus oráculos.”¹⁷

Aquí Joly en mi opinión no acierta al blanco, y me sorprende porque fue periodista. La estabilidad de una farsa total no puede confiársele a una ‘lealtad gremial’ cuando hay enormes incentivos de mercado para conseguir más lectores (o radioescuchas, o televidentes) denunciando el escándalo. Mejor hubiera sido contestar que los medios de masa requieren de

enorme capital, y por lo tanto que los *dueños* de aquellos medios son un pequeño círculo de gente adinerada, unidos por lazos de abolengo, familia, y clase (CAPÍTULO 14). Es fácil, por ende, aliarlos al orden gobernante de la seudodemocracia en un país como Estados Unidos, donde el gobierno es un apéndice más de las clases adineradas, una agencia como otras para el ejercicio de su poder colegiado. Como estos capitalistas de la información serán quienes den trabajo y despidan a los periodistas, la pirámide organizacional en las instituciones informativas se ocupará de filtrar al personal que redacta, permitiendo la contratación y ascenso de quienes escriban y callen lo que al poder conviene. A los pocos dueños de medios que resistan podrá corrompérseles desde las arcas del gobierno o intimidarlos con el uso de la policía secreta (se ‘descubre’ de repente que uno es ‘comunista’), y muy rara vez tendrá que recurrirse al asesinato. El efecto final es que no habrá en absoluto prensa libre, aunque el público se lleve la *impresión* de una gran proliferación de voces independientes (CAPÍTULO 35).

Sobre la organización de partidos políticos, ‘Maquiavelo’ explica que agentes de la policía secreta posarán como enemigos del gobierno para extirparle uñas y colmillos a la oposición, haciéndola de mordida suave y arañazo tierno. Excepto por causas mayores, no se suprime a los enemigos del régimen; sin que lo adviertan, *se les dirige*, conservando aquí, como en todo lo demás, las apariencias liberales. Joly lo pone así:

MAQUIAVELO: Quisiera tener un príncipe de mi casa, sentado en las gradas de mi trono, que representase el papel del descontento. Su misión consistiría en

fingirse liberal, en detractor de mi gobierno y en aliarse así, para observarlos más de cerca, a quienes, en los rangos más elevados de mi reino, pudieran hacer un poco de demagogia. Cabalgando sobre las intrigas interiores y exteriores, el príncipe al cual confiaría esta misión, haría así representar una comedia de enredos a quienes no estuviesen en el secreto de la farsa.—Joly (1974[1864]:160)

Traduzcamos al “príncipe de mi casa” en senadores, diputados, candidatos presidenciales, etc., y también—en los rangos menores—en líderes partidistas, creadores de movimientos y pancartas, etc., y tendremos el modelo estadounidense. Como veremos, muchos agentes políticos que fueron desplegados en Estados Unidos en la política interior de posguerra eran nazis reclutados por debajo del agua al concluir la guerra, e importados clandestinamente a suelo estadounidense (CAPÍTULOS 31 y 35).

“En lo que atañe a la universidad,” dice Maquiavelo, “el orden de las cosas me resulta casi satisfactorio. No ignoráis, en efecto, que esos altos cuerpos de enseñanza no están más, en nuestros días, organizados como antaño. Me han asegurado que en casi todas partes han perdido su autonomía, que no son más que servicios públicos a cargo del Estado. ...Al igual que los jefes, los miembros de los cuerpos docentes de las diversas categorías son nombrados por el gobierno, de él dependen y a él están sometidos.”¹⁸ La situación estadounidense a mitad del siglo 20 le hubiera resultado igual de satisfactoria. Como hemos visto ya, las grandes fortunas empresariales de Estados Unidos, mismas que impulsaban el eugenismo y tenían las riendas del gobierno, fueron adquiriendo una influencia decisiva sobre todo el sistema universitario (CAPÍTULOS 6 y 7). En

la posguerra se intimidó primero cualquier independencia académica (CAPÍTULO 34), y se afianzó el control a través de los *think tanks* y los servicios de inteligencia (PRÓLOGO, CAPÍTULO 35).

No reproduzco aquí los argumentos que expone Maquiavelo para burlar la probidad en las cuentas del fisco y así gastar lo que sea donde sea, pues la dirigencia estadounidense halló una estrategia genial que desplaza, me parece, a cualquier otra: el presupuesto de los servicios de inteligencia—así como el destino de los fondos—es *un secreto de Estado* en beneficio de la ‘seguridad nacional’ (CAPÍTULO 31).

‘Montesquieu,’ algo desesperado, termina por refugiarse en el clero. “Las naciones sinceramente cristianas siempre se salvarán del despotismo, porque la fe de Cristo eleva la dignidad del hombre a alturas inalcanzables para el despotismo, porque desarrolla fuerzas morales sobre las que el poder humano no tiene dominio alguno. Cuidaos del sacerdote, que no depende sino de Dios, y cuya influencia se hace sentir por doquier, en el santuario, en la familia, en la escuela.” Maquiavelo no ha de permitir esto: “No sé por qué os complacéis en convertir al sacerdote en apóstol de la libertad. Jamás he visto tal cosa, ni en los tiempos antiguos, ni en los modernos; siempre hallé en el sacerdocio un apoyo natural del poder absoluto.” Por lo mismo, lejos de oponerse a la Iglesia, el gobernante despótico se aliará con ella (como de hecho lo hizo Luis Napoléon Bonaparte, el príncipe a quien veladamente denuncia Joly). “El único papel que aspiro a desempeñar, la única misión que me corresponde a mí, soberano católico, sería precisamente la de ser el defensor de la Iglesia,” explica Maquiavelo.¹⁹

Claro que Estados Unidos no se ostenta como un poder *católico*. Pero eso, como veremos, no impidió una alianza estrecha de posguerra entre la inteligencia estadounidense y el Vaticano. Entre los dos lucharon por asegurar la posición y la influencia de la Iglesia en Europa a través de partidos ‘demócratas cristianos’ que habían creado o transformado para servir de envoltorio respetable a los anteriores fascistas y nazis, un vehículo con el cual exportar la subversión de la democracia al estilo estadounidense a suelo europeo. Estos partidos dominaron la política europea en la posguerra (CAPÍTULOS 32 y 33).

El impacto de Joly

Si la interpretación que defiende este libro es correcta, entonces, sobre el análisis que ya presentamos concerniendo la influencia desmedida de la clase de poder sobre el funcionamiento de las ciencias sociales y en particular las ciencias políticas, debiéramos predecir que el impacto de Joly en la universidad occidental, aun después de su redescubrimiento y republicación, será nulo. Porque leer a Joly es comenzar a sospechar sobre el funcionamiento de las instituciones ostensiblemente ‘liberales.’ Los incentivos gremiales del sistema académico actual, como hemos visto, se estructuran para disuadir a los politólogos que se interesen en investigar los verdaderos resortes del poder, pues ello podría llevarlos a controvertir el funcionamiento básico de las instituciones ‘democráticas’ de Occidente (PRÓLOGO). No tendría sentido alguno que los detentores del poder le permitiesen un lugar importante a Joly en la formación de los politólogos modernos.

Una manera de investigar esta predicción es hacer una búsqueda en las bases de datos de las revistas académicas de ciencias políticas en el mundo anglosajón, y ver la frecuencia con la cual *Diálogo en el Infierno* es mencionado. Una muestra cómodamente grande la obtenemos en la base de datos de J-STOR, la cual agrupa un total de 148 revistas de Ciencias Políticas, incluyendo las más prestigiadas. Al buscar en esta enorme colección de artículos académicos menciones de Maurice Joly o *Diálogo en el Infierno* encontré... una (de 1977). El autor es Hans Speier y como apunta él mismo, “En historias del pensamiento político *Diálogo en el Infierno* ha sido generalmente pasado por alto.” Su autor es tan oscuro que “inclusive las fechas del nacimiento y muerte de Joly varían mucho en la literatura.”²⁰ Las cosas no han mejorado desde 1977. En su ponencia presentada en UCLA en 2006 un historiador que comparaba *Diálogo* con *Los Protocolos* mencionó que el primero, aunque haya sido la fuente plagiada y distorsionada para crear al tan famoso segundo, “solo algunos estudiosos lo conocen.”²¹

Demostraremos aquí, con el análisis de Maurice Joly vibrando en el trasfondo, cuán peligrosa es su lectura para las clases de poder occidentales. Pasemos, pues, al repaso de cómo fue construido el orden anglosajón de posguerra.

FUENTES

Ben-Itto, H. (2005). *The Lie that Wouldn't Die: The Protocols of the Elders of Zion*. London: Vallentine Mitchell.

Joly, M. (1864). *Dialogue aux enfers entre Machiavel et Montesquieu*. Bruxelles: Imprimerie de A. Mertens et fils.

Speier, H. (1977). The Truth in Hell: Maurice Joly on Modern Despotism. *Polity*, 10(1), 18-32.

¹ Ben-Itto (2005:193)

² Speier (1977:32)

³ Joly (1974[1864]:22, 29, 31)

⁴ *ibid.* (pp.53-54)

⁵ *ibid.* (pp.59-63)

⁶ *ibid.* (p.12)

⁷ *ibid.* (pp.81-83)

⁸ *ibid.* (p.xviii)

⁹ *ibid.* (p.34)

¹⁰ *ibid.* (p.67)

¹¹ *ibid.* (pp.158-59)

¹² *ibid.* (pp.99, 109)

¹³ *ibid.* (p.111)

¹⁴ *ibid.* (pp.111-12)

¹⁵ *ibid.* (p.112)

¹⁶ *ibid.* (p.159)

¹⁷ *ibid.* (p.113)

¹⁸ *ibid.* (p.149)

¹⁹ *ibid.* (pp.153, 156)

²⁰ Speier (1977:30-31)

²¹ Carlo Ginzburg, “Learning from the Enemy: On the French Prehistory of the Protocols of the Elders of Zion. (UCLA. European Colloquium, February 16, 2006)

http://www.sscnet.ucla.edu/history/events/coll-conf/eurocoll/Enemy-Los_Angeles_2006.pdf